

ARMIDA Y REINALDO.

EN UN ACTO.

PRIMERA PARTE.

POR DON V. R. A.

PERSONAS.

- | | | |
|--|---|---------------------|
| <i>Armida</i> , Princesa de Damasco..... | â | Sra Rita Luna. |
| <i>Reinaldo</i> , Príncipe de Ferrara..... | ♁ | Sr. Manuel García. |
| <i>Ubaldo</i> , Maestro de Reinaldo..... | ♁ | Sr. Antonio Pinto. |
| <i>Ricardo</i> , Capitan..... | ♁ | Sr. Felix de Cubas. |
| <i>Comparsa de Soldados</i> | ♁ | |

El argumento es tomado de la conquista de Jerusalem; escrita por el Sr. Torquato Taso.

Sinfonía estrepitosa que vá declinando, de modo que al correrse el telon sea una música muy suave: el teatro representa una selva que baña el mar, lo mas amena que pueda figurarse: á un lado, sobre un rústico, aunque gracioso asiento, estará *Reinaldo* durmiendo y *Armida* contemplándolo; ella tendrá una guirnalda de flores en las manos, y al cesar la música, dice:

Arm. **Q**ué tranquilo se mira y sosegado
 en los brazos del sueño el amor mio!
 mas ¿quándo no descansa dulcemente
 un amante feliz correspondido?
 Naturaleza toda mudamente
 interesada en su descanso miro:
 las aves que alternadamente cantan,
 las aguas despeñadas de los riscos,
 y el viento que soplando blandamente
 templá los rayos del calor estivo,
 todo al dulce sosiego contribuye
 del amoroso imán de mi alvedrio.

A

Des-

Armida

¿Despertaréle? no; con estas flores,
 que texió cuidadoso mi artificio
 cefir sus brazo quiero, y sorprenderle
 llegando á despertar: duerme querido,
 duerme, mi amado bien, duerme, alma mia,
 duerme objeto adorado de un cariño
 abrasador del mas sensible pecho,
 pues aunque todo el tiempo que no miro
 las luces alhagüañas de tus ojos,
 estoy considerando que no vivo,
 sola la persuacion de que descansas,
 de mis amantes ansias es alivio.

Música suave, á cuyos compases despierta Reynaldo y dice:

Rein. ¿Si duermo todavía?...¿quién mis brazos
 pudo estrechar con lazos tan floridos?

Arm. ¿Quién sino la que solo de mirarte
 muere de amor su corazon herido?

Rein. Si imaginas, dulcisima homicida,
 que á ser tu prisionero me resisto,
 ¡Ó cuánto, Armida, ofendes tu herinosura!
 mírate en el espejo fugitivo
 de esa apacible cristalina fuente,
 y notando los rayos despedidos
 de tus ardientes brilladores ojos,
 donde sus rayos templa el amor mismo,
 esa boca de rosa, y en fin todo
 el imperio de Venus reducido
 á las gracias que en tí naturaleza,
 con cuidado estudio, poner quiso,
 verás que son en vano otras prisiones,
 y que el dichoso estado en que me miro,
 ni aun la muerte es capaz de terminarle,
 porque el amor es alma, y siendo fixo
 que el alma es inmortal, eternamente
 debe durar el cautiverio mio.

Arm. No tengo yo de hermosa presunciones,
 de enamorada sí; porque imagino
 que si fuera posible reunirse
 todo el amor de quantos se han querido,
 formando un solo amor del que te tengo,
 aun no pudiera bosquejar los visos;
 mas no es amor el mio, es un incendio,
 es un volcan tan eficaz y activo,
 que penetrando con oculta fuerza
 hasta lo mas secreto y escondido
 del corazon, le abrasa, le devora
 tanto, que ya no puedo resistirlo;

Rei-

Reinaldo, moriré; pero en tus brazos;
que ellos solos serán sepulcro digno
de una muger amante sin exemplo,
á quien de amores mata el amor mismo.

Rein. Si piensas excederme, te equivocas,
porque en el bello sexô, por destino
es natural carácter la ternura,
que fácil se permite al incentivo
de las dulces pasiones delicadas;
pero un hombre criado desde niño
en las campañas bélicas de Marte,
cuyo pecho feroz endurecido,
iras, sangre y estragos respirando,
no conoció mas ley en su alvedrio
que la desolacion y la venganza,
labrando con ageno precipicio
á su gloria y su nombre eterna fama,
es admirable verle poseido
de amorosa pasion; pero tan grande,
que si amor se perdiera, solo el mio
extenderse pudiera á todo el orbe,
renovando el imperio de Cupido.

Arm. ¿Y durarán tan finos sentimientos?

Rein. ¿Puedes dudar, si los confiesas finos?

Arm. No ama, Reinaldo mio, quien no teme,

Rein. Temores infundados son delirios.

Arm. Dulcísimo embeleso:--

Rein. Dueño hermoso:--

Arm. Ídolo de mi alma:--

Rein. Amable hechizo:--

Arm. ¿Serás constante?

Rein. La firmeza misma.

Arm. ¿Qué no me dexarás?

Rein. Es desvario,
de solo imaginarlo moriria.

Arm. Ven, pues, encantador de mis sentidos,
en premio de tus ansias á mis barzos.

Rein. Ellos solos pudieran ser alivio
de mi amorosa sed.

Arm. ¡Qué dulce gloria!

Rein. ¡Qué venturosa union! sin tí es preciso
morir, pues solo vivo de quererte

Arm. Y yo tan solo de adorarte vivo:
en tanto, pues, que yo al cuidado atenta
de esta Isla sujeta á mis Dominios,
me aparto un breve instante de tus ojos,
tú en la estancia florida de este sitio

Armida

procura entretenerme, ó persiguiendo
de las fieras los pasos fugitivos,
ó bien de las incautas avecillas
cortando el vuelo con seguro tino.

Rein. En tu ausencia ¿qué puede entretenerme?
pero pues es forzoso, en el florido
tapete de ese prado que apacibles
riegan mil arroyuelos cristalinos,
te esperaré; mas mira que no tardes,
porque sin tí estoy fuera de mi mismo.

Arm. ¿Lo propio que deseo me suplicas?

Ah! ¿qué poco que conoces mi cariño!

Rein. Yo por el mio mido mis deseos.

Arm. Y yo los tuyos por los míos mido.
pero á Dios, mi Reinaldo.

Rein. Armida hermosa,
todo mi corazon llevas contigo.

Música á cuyo compás se presenta una nave, de la qual van descendiendo Ubaldo, Ricardo y comparsa de Soldados armados de todas armas, con la divisa de Cruzados.

Ubaldo. Esta, segun las señas, es la Isla
en dónde aquel encantador prodigio
tiene al joven Reinaldo en los alhagos
de su torpe belleza seducido:

Ah! ¿cómo pudo con tan vil infamia
abandonar tan pronto los principios
de la virtud amable, y entregarse
tan sin freno á la ley del apetito?

¡O juventud fogosa, oculta fiebre
de la razon humana, que el peligro
de las dulces pasiones desconoces,
buscando en su lisonja el precipicio!

Mas pues el gran Gofredo á mi cuidado
fió la empresa de romper los grillos
de la pasion funesta de Reinaldo,
vive Dios, que si acaso endurecido
del honor al estímulo no cede,
o que no la razon, logrará el brio,
ó estos amenos campos, que el mar baña,
de mi muerte fatal serán testigos.

Ric. En vano, Ubaldo, conseguirlo intentas,
porque segun la fama, al poderio
de las artes de Armida todo es fácil;
los elementos todos á su arbitrio
obedecen humildes; á sus voces
se franquean las puertas del abismo,
en medio de su curso el Sol se para,

y *Reinaldo*.

y trastornando el órden primitivo
de la naturaleza, el universo
se gobierna á la ley de su alvedrío:
advierte, pues, qué servirán las armas
opuestas á poder tan excesivo.

Ubaldo. En la credulidad del vulgo necio,
pasa por verdadero y efectivo,
lo que es solo fantástica apariencia,
y así desprecio yo los artificios
de esa alevosa Maga, que sembrando
discordia y confusión en los invictos
héros del Ejército christiano,
hechizó de Reinaldo los sentidos,
porque sabia que á su fuerte brazo
eran irresistibles los altivos
y fuertes muros que á Salén coronan:—
pero, si no me engaño, ácia este sitio
en traje extraño un hombre se aproxima.

Sale Reinaldo.

Rein. ¿Tropas en esta Isla?...¿mas qué miro?

Ubaldo, amado amigo:—

Ubaldo. No os conozco.

Rein. ¿Qué ya no me conoces, quando has sido
mi Maestro? ¿á Reinaldo desconoces
habiéndole educado y dirigido
desde su tierna infancia?

Ubaldo. Yo me acuerdo
que á Reinaldo eduqué; que mis principios
en él formaron un ilustre jóven,
honesto, generoso, compasivo,
prudente, liberal, docil, afable,
cortés, templado, racional, benigno,
y sobre todo, un héroe valiente
que heredero forzoso del dominio
de Ferrara, feliz pudiese hacerle;
y como ahora en vos solo distingo,
un jóven tierno, muelle, delicado,
coronado de rosas y jacintos,
viva copia de Adonis, en el traje
afeminado, blando y aun lascivo,
desconociendo un héroe christiano,
os tuve de estas selvas por Narciso.

Rein. Justamente esperaba estos denuestos,
mas no creí que amar fuese delito,
Mira aquella paloma que á su esposo
le dá mil besos con rosado pico,
mira cómo lo arrulla y lo festeja,

6 *Armida*

cómo bate las alas y con giros
y tornos lo requiebra blandamente,
mira cómo formando extraños visos,
al sol, que en su plumage reverbera
se eriza, y despidiendo mil gemidos,
explica su dolor, porque su esposo
á otra paloma aproximarse ha visto.
Aquel tigre feróz, que la expesura
atraviesa veloz, es porque ha visto
salir de la caverna á su querida,
y la sigue zeloso y vengativo:
esta palma, si lánguida desmaya,
es porque le han quitado á su querido:
todo es amor el orbe, todo ama,
pues si lo vejetable sensitivo,
y aun lo insensible ama ¿qué me culpas?
quita el amor del mundo, Ubaldo mio,
y verás que su máquina soberbia
perece entre mortales parasismos.

Ubaldo. La natural concordia, incauto jóven,
confundes con la ley del apetito?
¿No es delito el amor bien regulado,
ántes por el contrario, es un principio
de las operaciones virtuosas,
que dando al alma nuevo ser activo,
la enardece, la eleva y la estimula
para altos hechos de la fama dignos:
pero una pasion ciega y vergonzosa,
en donde se conoce el extravío
del corazon, y degradando al hombre,
le dexa con los brutos confundido,
y le cubre de infamia y de ignominia,
léjos de ser amor es un delirio
de una voluntad ciega, impetuosa,
que sorda á los impulsos del juicio,
en los mismos placeres que ha gustado,
desconoce el veneno que ha bebido.
Mas no es este el borron que mas te infama;
pocos en el ejército el motivo
conocen de tu ausencia, é irritados
al ver que te retiras del peligro,
te arguyen de cobarde.

Rein. Calla, Ubaldo,
no irrites mas el sufrimiento mio:
¿qué victorias lograron los Cruzados
que no debiesen á mi brazo invicto?
los campos de la fértil Palestina,

y Reinaldo

sino es por mi valor, hubieran sido
de sus plantas hollados?

Ubaldo. Vanamente

tus méritos arguyes; los principios
de tus hazañas nadie los recuerda,
y solo ven que en el mayor conflicto,
quando á Jerusalem cerca Gofredo,
y quando á hallarse en tan famoso sitio
el orbe se despuebla, solamente
falta Reynaldo: ¿y crees te han ofendido
notándote en tal caso de cobarde?
te arguyen con razon; lo has merecido.

Rein. Pues yo sabré, volviendo á la palestra,
hacerles conocer que soy el mismo
que siempre fui; que el ser enamorado,
no se aparta de ser héroe invicto:
veráme el Agareno las murallas
asaltar de Salén, y en su recinto
ser el primero que tremole al viento
los sagrados pendones que seguimos:
dadme unas armas.

Ubaldo. Qué? las armas pides?

del grave yelmo y el arnes lucido,
de la cortante, la fulminea espada,
no podrás tolerar el exercicio,
que los placeres el valor enervan:
y en tanto que Tancredo el atrevido,
combate con Argante cuerpo á cuerpo,
mientras Raymundo á Solimán altivo
resiste fuerte, en fin, mientras se cubren
de honor todos los Príncipes unidos
que siguen las vanderas de Gofredo,
tiñendo los aceros vengativos
en la sangre pagana, y á porfia
la religion ensalzan, tú mas fino,
mas delicado y tierno entre los brazos
de Armida bella vivirás tranquilo,
de sus hermosas damas rodeado,
y entre blandas delicias sumergido.

Rein. No mas, Ubaldo, cesa en mis denuestos;
tus razones conozco; ya abomino
mi ciego error, ya todo á tí me entrego,
pues de mí justament desconfio:
siento en mi pecho ardiendo todavía
el fuego del amor, mas convencido
de tu recto dictamen, yo te juro
por esa insignia que en tu pecho miro;

Armida

y mirar no merezco, que volviendo
al belicoso campo, el honor mio
dexaré acrisolado de tal suerte
que en el curso inviolable de los siglos
diga la fama, si Reinaldo pudo
olvidarse un momento de sí mismo,
labó con sus hazafias sus errores,
y de inmortal renombre se hizo digno.

Ubaldo. Ahora sí, á Reinaldo reconozco;
las armas viste, y de este fatal sitio
salgamos prontamente; la tardanza
nos puede ser funesta: el triunfo es mio.

*Música alusiva á la situacion que dura mientras Reinaldo se viste las
armas, y luego dice:*

Rein. Ahora que vistiéndome las armas,
nuevo ser me parece que he vestido;
vamos, Ubaldo, al punto.

Al tiempo de irse, sale Armida.

Arm. ¿A dónde, ingrato?

Ubaldo. ¡Fatal encuentro!

Rein. ¡Bárbaro conflicto!

Arm. ¿Callas, tirano, callas, y aun desdefias
que se encuentren tus ojos con los míos?
¿con el silencio solo me respondes?
¿á mirarme no vuelves? ¿en qué has visto
que te ofendiese Armida? ¿es este el pago
á tanto amor, á tanta fé debido?
¿dónde está la constancia prometida?
¿dónde aquel corazon tan tierno y fino?
discúlpate á lo ménos, que me ofende
mucho mas el silencio que el desvio.

Rein. ¿Te juré eterna fé? sabré cumplirla;
pagaré tu favor; pero es preciso
que me ausente, señora: enagenado
en tu hermoso dulcísimo atractivo,
de soldado, de noble y caballero
toda la obligacion puse en olvido;
si no vuelvo por mí, quedo infamado,
tú misma me tendrías por indigno
de tu correspondencia; sobre todo:
la religion me llama, este motivo
ni dilacion admite, ni disculpa;
no te causes, Armida, nada miro
que no sea mi honor; quando le dexe
con mi valor acrisolado y limpio,
quando la Palestina y toda el Asia
doble ya la cerviz al Christianismo,

á amarte volveré.

Arm. ¡Vana esperanza

que agrava la pasión con que me afijo!
¿ presente me abandonas, y querías
que ausente confiase? ¡ó desvario!
mas si el deseo y ambición de gloria
alcanzan en tu pecho tal dominio,
si en el honor te sientes ultrajado,
que te ausentes, Reinaldo, no resisto,
mas no tan pronto y repentinamente;
espera un solo día, mas no pido,
para que mi constancia se disponga
á resistir tan bárbaro martirio.

Rein. ¿ Qué me dices, Ubaldo?

Ubaldo. Que partamos:

qualquiera dilación es un peligro
irresistible.

Rein. Un solo día pide:—

Ubaldo. ¿ Ya tu valor vacila? al mar, amigos;
quédate á tus placeres entregado,
mientras al gran Gofredo repetimos
que una débil pasión vencer no sabe,
quien presumía tanto de sí mismo,
y que la insignia que le cruza el pecho,
aun no pudo excitar en su alvedrío
sentimientos de honor.

Rein. Detente, Ubaldo;

no me abandones, llévame contigo.

Arm. Hombre de crueldad, hombre insensible
compadece el estado en que me miro.

Ubaldo. Mujer de perdición, si al joven amas,
¿ cómo consientes verle envilecido?

Arm. Es verdad, es verdad, búsquese un medio,
que del amor y honor no sea indigno:
mi bien, señor, mi dulce dueño amado,
parte á Jerusalem, parte atrevido
al campo del horror y de la muerte,
pero á lo menos llévame contigo:
yo inseparable compañera tuya
arrostraré los riesgos y peligros,
despreciaré la muerte, en las batallas
armada siempre del acero limpio,
me verás á tu lado, contrastando
el ímpetu y furor del enemigo;
y quando mas no pueda, el blanco pecho,
este pecho en que vives, á los tiros
ofreceré gustosa del contrario

Armida

sirviéndote de escudo: estos suspiros,
estas lágrimas tiernas que derramo,
muevan tu corazón: ¡ay amor mio!
¿cómo podré vivir si tú me dexas?
¿todavía te muestras indeciso?
ó llévame cruel, ó aquí me mata,
seremos ambos con opuestos visos,
tú de perfidia exemplo aborrecible,
yo de firmeza exemplo peregrino.

Rein. Complacerla quisiera; mas no puedo:
¿dónde hay tormento que se iguale al mio?
¡desdichada hermosura! es imposible,
Armida hermosa, lo que me has pedido;
la pasión con tu vista alimentada,
podía producir nuevo extravío;
demas de eso, Señora, tú serías
de mis errores el mayor testigo,
y Gofredo:-

Arm. No más, no más, ingrato,
bárbaro, desleal, desconocido;
si promesas y lágrimas no labran
ese vil corazón endurecido;
la fuerza bastará: temblad esferas;

Aquí se figura una tempestad, y se ve á su tiempo zozobrar la nave combatida del mar, cuyo ruido y alteracion se imitará de modo que no estorbe la representacion.

y tú, espumoso monstruo cristalino,
eriza de tus ondas la soberbia:
desátense en violentos torbellinos
los vientos encontrados; de tinieblas
se vea el claro sol obscurecido,

Se encubre la Nave.

y abortando las nubes tenebrosas
desde sus senos rayos vengativos,
esa traidora nave sumergida
del proceloso golfo en el abismo,
pague su atrevimiento y mi desdicha;
vete ahora, tirano, halla camino
para tu aleve fuga, si pudieres.

Ubald. Maga vil, tus fantásticos prodigios
no pueden deslumbrar mi entendimiento;
nada temas, Reinaldo.

Rein. ¿Qué he oido?
¿yo temer? ó que en vano, incauta Armida,
te pretendes valer del artificio
ó del poder (que todo lo desprecio,
solo atento á mi honor): quantos mas grillos

aparentas poner á mi partida,
tanto vas decayendo en mi cariso.

Arm. Ah traidor! ¿no bastaba tu perfidia,
sin añadir insultos? pero impío,
aunque pierda tu amor, aunque con odio
mires á la que un tiempo dulce hechizo
de tu pecho y tu vida la llamabas,
ya que en tu corazon no hallan partido,
ni sus lágrimas tristes ni sus ruegos,
no saldrás de esta Isla; aquí cautivo
has de vivir, ingrato, eternamente,
sin que humano poder llegue á impedirlo.

Rein. Pues vive Dios, Armida, que á lo menos
quando vencer no pueda tus prodigios,
inútiles haré tus intenciones,
para que sepan los futuros siglos
que por salvar mi honor perdí la vida:
cuenta, Ubaldo, á Gofredo lo que has visto;
recibe, ó mar undoso en tus cavernas
un mísero infelice:—

Va á arrojarse, y ella le detiene apresurada, y dice con mucha pasion.

Arm. Tente, impío:

¿hasta dónde conduces el extremo
de la fiereza? tente; ya tranquilo

Sale la Nave.

se muestra el mar, el Iris se despliega,
por la region del ayre cristalino,

Vese en accion todo lo que dicen los versos, y si pareciere, puede añadirse la vista del sol en los últimos términos de la marina.

entra en tu nave, parte, que yo sola
anegada en sollózos y suspiros,
abandonada, triste, y sin consuelo,
me quedaré á morir del dolor mio.

Cae desmayada.

Rein. Mi bien, mi dulce amor:—

Ubaldo. ¿Qué haces, Reinaldo?
aprovecha momento tan benigno.

Rein. Ah! ; no estaba mi alma preparada
á resistir tan bárbaro conflicto!

la muerte en palideces se difunde
por su semblante lánguido y marchito.

Ubaldo. No la mires, y aumentes mas tu pena;
toda piedad ahora es un delito.

Rein. Es verdad, es verdad; pero dexarla
entregada á mortales parasismos,
solo en un corazon de bronce cabe:
¡dura ley del honor! ¿tan exquisito,

Armida

y tan nuevo linage de tormento
estaba reservado al pecho mio?
¿qué haré? soy un cruel si la abandono,
sin honor si quedarme determino:
¡quién tuviera dos almas!

Ubaldo. Acabemos;

que no puedo sufrir ver tan remiso
un campeon christiano, que las voces
de honor y religion oye tan tibio.

Rein. Dices muy bien; respetos tan sagrados
deben preponderar: Cielos divinos,
conservad su hermosura desdichada,
y haced que sus afectos dé al olvido.

Música propia de la situacion, durante la qual Reinaldo es llevado con algun género de violencia á la nave por Ubaldo: vuelve varias veces á mirarla, por fin se embarcan, y Armida recobrándose, dice:

Arm. Reinaldo::- mi señor::- ¡pero infelice!

¿á nadie veo: ¿á quién mi voz dirijo?
fuese, dexóme en soledad amarga,
en triste soledad, sin que á impedirlo
bastasen quejas, lágrimas, ni ruegos,
ni de dolor tan duro lo excesivo!

hombre sin compasion, hombre sin alma,
¿y tú eres noble? no; tú no has nacido
de la hermosa Sofia, ni en tus venas
corre la sange Estense; tus principios
de fiera te acreditan; yo engañada,
te entregué un corazon amante y fino,
creyendo fuese el tuyo semejante:

¡ciego funesto error! pues que ya he visto
que en él unicamente la inconstancia,
perfidia, y falsedad tienen abrigo.

¿A sacarte vinieron de mis brazos?

Ay! ¡ó cuánto mejor hubiera sido
no haberte nunca en ellos estrechado!
pérfido, me engañaste: lo mas vivo
del tierno corazon me has penetrado:
se acabó mi esperanza; aún el alivio
de la queja es inutil; si así pagas
un entrañable amor, dí ¿qué castigo
en tu perjuro, en tu alevoso pecho
reservas á quien te haya aborrecido?
Asperos montes, intrincadas selvas,
desiertos valles, solitarios riscos,
que mirais mi desdicha y abandono,
mis penas compartid, llorad conmigo.

Mientras toca la música, ella queda apoyada á un bastidor como abismada en su sentimiento; luego mirando al mar, dice:

Vuelve, perjura robadora Nave,
que me llevas el alma y los sentidos,
vuelve, vuelve la proa, todavía
te falta el mejor peso:— yo deliro,
y clamo en vano. Monstruo aborrecible,
que sordo á mi dolor y mis gemidos,
sola la voz de la ambicion escuchas,
de la vana ambicion, si los suspiros
de un corazon doliente mover pueden
la piedad de los Cielos compasivos,
yo su justicia invoco, ellos castiguen
tu perfidia cruel, dardo enemigo
el alevoso pecho te atraviese;
mas no; sería dulce este castigo
para un traidor tan vil y abominable;
muera del mal que muero, aborrecido
y abandonado de otra á quien el ame,
como yo le amo á él:— pero qué digo?
si es verdad que le amo, ¿cómo puedo
sus males desear? No, dueño mio;
sé feliz; la Deidad de las batallas
de lauros te corone; el paganismo
doble á tu diestra el indomable pecho;
la gran Salem despojo de tu invicto
y valeroso brazo, á ti se rinda;
toda el Asia sujeta á tu dominio,
por su Rey te apellide; estos deseos
son los de aquella Armida que has podido
abandonar á su dolor tirano,
pero que siempre fina te ha querido,
te quiere, y te querrá, mientras no cierre
en sempiterna noche el duro filo
de la parca sus ojos lastimeros,
y baxe á las mansiones del olvido,
donde habita el horror, mas donde solo
podrán mis penas encontrar alivio.

Mientras toca la música, queda consternada, pasa á lo lejos la nave, y ella al verla, hace las demostraciones de dolor, propias de los recuerdos que debe inspirarle semejante vista, luego animada, dice:

Mas por qué desespero? ¿Soy yo Armida,
Princesa de Damasco, aquel prodigio,
á quien el orbe todo está sujeto?
¿pues cómo débil al dolor me rindo?
él me amaba; no pudo en un momento
olvidarse de mí: quien ama fino,

difícilmente borra de su pecho
la imagen del imán de su alvedrío:
¿pues por qué me detengo? por qué tardo?
abre las puertas tenebrosas, abismo;

A este verso comienza una música lúgubre, pero que no impida la representación, y sigue hasta el fin de la Escena.

venid al punto, genios infernales,
Aparecen varias figuras representando lo que dicen los versos, con antorchas encendidas.

y pues de mi abandono ni aun testigos
mudos pretendo que en el orbe queden,
incendiad esta Isla.

Cruzan las figuras por el Teatro, y del fondo salen varias llamas que representen el incendio.

en su distrito
árbol, ni flor, ni planta permanezca;
todo quede á pavesas reducido;
todo perezca, pues murió mi dicha;
arded, campos, arded; exemplo digno
sed del incendio que me abrasa el pecho.
Ven, esperanza dulce, amable hechizo
del universo, ven, y reanima
mi corazón doliente y afligido,
que yo en fogoso carro conducida,

Aparece un carro de fuego, con alusión á la situación.
por la región del ayre al fugitivo
objeto de mi amor seguir resuelvo.

Sube.

Reinaldo, espera, aguarda, dueño mío;
que Armida mas que nunca enamorada,
creciendo su pasión con tus desvíos,
á buscarte camina presurosa
con corazón amante y encendido,
ó á prenderte de nuevo en su hermosura,
ó víctima morir de tu cariño.

CON LICENCIA EN MADRID:

EN LA IMPRENTA DE CRUZADO.

En la Librería de Cerro, calle de Cedaceros, y en su Puesto, calle de Alcalá se hallará ésta con la Colección de las nuevas, á dos reales sueltas; en tomos encuadernados en pasta á veinte reales cada uno; en pergamino á diez y seis, y á la rústica á quince; y por docenas con la mayor equidad.

DONDE ESTA SE HALLARÁN LAS PIEZAS
siguientes.

Las Víctimas del Amor.
Federico II. Tres partes.
Las tres partes de Carlos XII.
La Jacoba.
El Pueblo feliz.
La hidalguia de una Inglesa.
La Cecilia, primera y segunda parte.
El Triunfo de Tomiris.
Gustabo Adolfo, Rey de Suecia.
La Industriosa Madrileña.
El Calderero de San German.
Carlos V. sobre Dura.
De dos enemigos hace el amor dos amigos.
El premio de la Humanidad.
El Hombre convencido á la razon.
Hernan Cortés en Tabasco.
La toma de Milan.
La Justina.
Acaso, astucia y valor.
Aragon restaurado.
La Camila.
La virtud premiada.
El Severo Dictador.
La fiel Pastorcita y Tirano del Castillo.
Troya abrasada.
El Toledano Moises.
El Amor perseguido.
El natural Vizcayno.
Caprichos de amor y celos.
El mas Heróico Español.
Luis XIV, el Grande.
Jerusalen conquistada.
Defensa de Barcelona.
Orestes en Sciro : Tragedia.
La desgraciada hermosura : Tragedia.

El Alba y el Sol.
De un acaso nacen muchos.
El Abuelo y la Nieta.
El Tirano de Lombardía.
Cómo ha de ser la amistad.
Munuza: Tragedia
El Buen Hijo.
Siempre triunfa la inocencia.
Alexandro en Scútaro.
Christobal Colon.
La Judit Castellana.
La razon todo lo vence.
El Buen Labrador.
El Fenix de los criados.
El Inocente usurpador.
Doña María Pacheco : Tragedia.
Buen amante y buen amigo.
Acmet el Magnánimo.
El Zeloso Don Lesmes.
La Esclava del Negro Ponto.
Olimpia y Nicandro.
El Embustero engañado.
El Naufragio feliz.
La Buena Criada.
Doña Berenguela.
Para averiguar verdades, el tiempo el mejor testigo.
Hino y Temisto.
La Constancia Española.
María Teresa de Austria en Landaw.
Soliman Segundo.
La Escocesa en Lambrun.
Perico el de los Palotes.
Medea Cruel.
El Tirano de Ormuz.
El Casado avergonzado.
Tener celos de sí mismo.

El Bueno y el Mal Amigo.
A España dieron blason las Asturias
y Leon, ó Triunfos de D. Pelayo.
Dido Abandonada.
El Pigmaleon : Tragedia.
La Moscovita sensible.
La Isabela.
Los Esclavos felices.
Los Hijos de Nadasti.
La Nina: Opera joco-seria.
El Montañes sabe bien donde el
zapato le aprieta. De Figuron,
El Hombre Singular, ó Isabel pri-
mera de Rusia.
La Faustina.
El Misanthropo.
La Fama, es la mejor Dama.
Pedro el Grande, Czar de Mosco-
via.

Entre el honor y el amor, el ho-
nor es lo primero De Figuron,
El Matrimonio Secreto.
El Asturiano en Madrid, y Obser-
vador instruido. De Figuron.
La muger mas vengativa por unos
injustos zelos.
El Preso por Amor, ó el Real En-
cuentro.
El Avaro: Drama jocoso.
Los Amores del Conde de Comin-
ges.
El Perfecto Amigo.
El Amante generoso.
El amor dichoso.
La Holandesa.
Christina de Suecia.
La fingida enferma por amor,
Opera.

Comedias en un acto á real.

La buena Esposa.
El Feliz encuentro.
La Buena Madrastra.
El Atolondrado.
El Joven Pedro de Guzman.
Marco Antonio y Cleopatra.
El Idomeneo.
El Matrimonio por razon de estado.
Doña Ines de Castro : Diálogo.
El Poeta escribiendo.
Ariadna abandonada.
Siquis y Cupido.
El Ardid Militar.
Los Amantes de Teruel : para tres
personas.

El Triunfo del amor.
La Toma de Breslau.
Anfriso y Belarda, ó el Amor sen-
cillo.
La Atenea.
El Esplin.
La Andrómaca : para 4 personas.
Bellerofonte en Licia.
Hercules y Deyanira.
Semiramis.
Eurídice y Orfeo.
La noche de Troya.

ARMIDA Y REINALDO.
 EN UN ACTO.
 SEGUNDA PARTE.
 POR DON V. R. A.

PERSONAS:

Armida..... Sra. Rita Luna.
Reinaldo..... Sr. Manuel García.
Ubaldo..... Sr. Antonio Pinto.
Orcante..... Sr. Felix de Cubas.
Comparsa de Cruzados y Turcos...

Música triste. Campamento á lo lejos. Armida dentro de una Tienda.

Arm. ^A Aquel que nunca ha visto favorable
 de la fortuna el rostro, si se queja,
 se queja con razon, mas que ha llegado
 de la desgracia el término, no crea;
 que pasar de feliz á desdichado,
 es mucho mayor mal, mas grave pena.
 El que poco se eleva, poco cae;
 pero aquel que ha subido á la eminencia,
 si del hado el furor le precipita,
 ni aun de su estrago la memoria dexa: *Cesa la música.*
 villana condicion de la fortuna,
 que cautelosamente lisonjera
 proporciona las dichas solamente,
 para quitarlas quando no se piensa,
 y la satisfaccion de disfrutarlas
 no equivale al tormento de perderlas.
 Así yo, ay triste! en tiempo mas dichoso,
 rebosando en placer, de gozo llena,
 á la cumbre subí de la fortuna,
 que á un corazon amante no le queda
 mas anhelo, mas dicha, mas deseo

A

que

Armida

que poseer lo que ama con fineza.
Mas todo lo perdí, y abandonada
de Reinaldo con bárbara cautela,
caí precipitada hasta el abismo
de la amargura que en mi pecho reyna.
Vuelvo el atribulado pensamiento
á mis perdidas glorias; y hallo en ellas
tantos motivos de dolor tirano,
que en confuso tumulto se atropellan
por traspasar mi corazón doliente,
y acabar con mi vida lastimera,
y de puro sentir al sentimiento
el angustiado espíritu se niega:
¡tiempo de confusion! ¡casiagos dias!
¡ó dias de dolor! ¡tiempo de pena!

Musica triste, á cuyos últimos compases sale Orcante.

Orc. Permite, Armida hermosa, á los cuidados
de un corazón que amante te venera,
interrumpir la distraccion penosa,
que tanto de tí misma te enagena;
vuelve por tí, señora; no perturbes
el brillo encantador de tu belleza.
Por qué tanto llorar? ¿por qué angustiarte
tan fuera de razon?

Arm. Si dable fuera
que hubiesen de salir las penas mías,
entre mis tristes lágrimas envueltas,
era preciso que en copioso llanto
mi máquina vital fuese deshecha:
no es llanto de dolor el que derramo,
llanto es de indignacion y de soberbia.

Orc. Si tanto la venganza te apasiona,
si de la sangre vil estás sedienta
del pérfido Reinaldo, si tu mano
será de aquel que tan dichoso sea,
que prisionero ó muerto te lo entregue,
¿dudarás de que quedes satisfecha?
en toda esa República vagante,
en esa inestable inundacion de tiendas,
que abriga nuestro Ejército, no hay Turco
de noble condicion, que no pretenda
y aspire, enardecido con tal premio,
á ser el dueño de tan alta empresa;
y así de su valor:-

Arm. No mas, Orcante;
espiró ya en las Tropas Agarenas
el antiguo valor; no ha habido encuentro

en que cobardemente no volvieron
 las espaldas al riesgo y á la gloria:
 en Antioquía, en Gaza y en Nicea,
 á pesar de sus muros, los Cruzados
 tremolaron al viento sus vanderas;
 en fin, la gran Salem, que era su empeño,
 ya conquistada arrastra sus cadenas,
 ya el gran sepulcro de su Dios adoran,
 y el Asia toda amedrentada tiembla:
 ese confuso Ejército de Tropas
 compuesto de naciones tan diversas,
 y tan poco aguerridas, que Emireno
 por orden del Soldan rige y gobierna,
 oponerle al esfuerzo de Gofredo,
 es oponerle al sol caduca niebla,
 débil antorcha al viento impetuoso,
 y seca arista á la abrasante hoguera.
 ¿Pues de qué presumís? llegó ya el tiempo
 en que las damas las batallas vean,
 y arrostrando las huestes enemigas,
 á sí propias valientes se defiendan:
 ¿y esperaré que nadie de Reynaldo
 pueda alcanzar victoria? él es la diestra
 del General Christiano: mal he dicho;
 él es el numen de la quarta esfera;
 mira quan alejada la venganza
 vivirá de quien tanto la desea.

Orc. Injustamente, Armida, nos baldonas:
 nunca ha sido precisa consecuencia
 de la suerte el valor, y el conservar
 despues de acciones tantas y funestas,
 no te parezca poco. Ese Gofredo,
 que parece domina en las estrellas,
 segun sus intenciones favorecen,
 tendrá mas dicha, no mas fortaleza:
 el valor que publicas de Reinaldo
 no te culpó, si tanto lo exageras,
 que esa misma venganza que apetece,
 la sed que de su sangre manifiestas,
 puede ser un cariño disfrazado.

Ah! cómo temo en tan dudosas señas
 que corrida la máscara del odio,
 se descubra el amor con mayor fuerza;
 mas para que conozcas mi ardimiento,
 y que nada mi espíritu recela,
 ese papel que al enemigo campo

Le da un papel, y ella le lee para sí.

4
Armida

determino enviar, pido que leas;
en él verás que á singular batalla
llamo á ese fuerte joven, y pluguiera
al Cielo que al momento la aceptase,
porque ó despojo de sus iras sea,
ó acabe con su vida, dando á un tiempo
la venganza á mis zelos y tu ofensa.

Arm. No es acertado, valeroso Orcante,
que en singular batalla:—

Dentro ruido estrepitoso de armas, y dicen á lo lejos.

Voces. Guerra, guerra..

Arm. Qué podrá suceder?

Orc. A lo que miro,

de los opuestos campos las ligeras
tropas que en abanzadas divisiones
con atencion reciproca se observan,
parece que combaten: voy al punto,
puesto que soy su Xefe, á recogerlas,
no una accion general tal vez empeñen,
sin que el mismo Emireno lo resuelva. *Vase.*

Arm. Por todas partes el estruendo crece,
y aun ácia aquí parece que se acercan
por este lado algunos de los nuestros
acosando á un Christiano que se esfuerza
en resistir.

*Sale Ubaldo resistiendo á algunos Turcos, y viene á caer á los pies
de Armida.*

Ubaldo. El Cielo me socorra!

Arm. Tened, no le mateis; y á su defensa
sírvale de mis plantas el sagrado:
alza, Christiano.

Ubaldo. Ó Dios! Armida es esta?

Arm. Qué es lo que miro? él es segun las señas.
Retiraos, vosotros, que conmigo
este Christiano asegurado queda.

Vanse los Soldados.

Ubaldo. Injuriada, y muger! Cielos divinos!
si me reconoció, mi muerte es cierta.

Arm. ¿No eres, tú, el hombre de alma empedernida,
de corazon tan duro, y tan de piedra,
que lo que mas amaba de mis brazos
me arrebató con bárbara violencia?

Ubaldo. El mismo soy, séñora, que imaginas;
pero no el que dibujas en tu idea
con tan feos colores; soy Ubaldo;
yo á Reinaldo aparté de tu belleza,
ilustrando su ciego entendimiento,

y Reinaldo.

con la antorcha eficaz de la prudencia;
accion que á buena luz considerada,
yo creí que tú misma agradecerias.

Arm. Yo agradecerlo? ¿quándo se habrá visto
que alguno sus agravios agradezca?
¿quándo el que cae envuelto entre su sangre
la mano que le hiere humilde besa?

Ubaldo. Quando con esa dolorosa herida,
sana de otra mas áspera dolencia :
el contagiado miembro se separa,
porque el resto del cuerpo no perezca:
cauto el agricultor la vid despoja
del seco ramo porque mas florezca,
así yo, interrumpiendo unos amores,
enteramente opuestos á las reglas
de la recta razon , á tí, señora,
te excusé que mas tiempo padecieras
ultrajes en tu fama , indecorosos
al Real carácter de tan gran Princesa,
y estimulando al jóven á la gloria,
y del honor poniéndole en la senda,
hice que su opinion ya vacilante,
coronara con inclitas proezas,
y porque mas tu sinrazon conozcas,
¿amabas , dime , con verdad sincéra
á Reinaldo?

Arm. Es posible que lo dudes?
Le amaba , sí , y le amo tan de veras
como el herido ciervo ama las fuentes,
como á la lluvia la abrasada tierra,
como las flores aman el rocío,
como ama al olmo la amorosa yedra,
como el sediento al cristalino arroyo,
como el enfermo la salud que anhela;
y en fin le amaba quanto amar es dado
á una alma dulce, enamorada y ciega.

Ubaldo. Pues amándole así , sin mi dictamen,
dí , ¿cómo ahora blasonar pudieras
de amar á un joven fuerte y generoso,
que en quanto cifie el mar y el sol calienta,
la fama de sus glorias ha extendido?

Reinaldo , en tu poder nunca subiera
de la inmortalidad á la alta cumbre;
el verdadero amante mas aprecia
el bien de lo que ama , que no el suyo:
cumplir con su opinion es la primera
obligacion del hombre , y mas si nace

66
Armida

para ocupar del Solio la eminencia.
Reinaldo, dividido de tus brazos,
llenó su deber todo, y se presenta
enteramente digno de tus ansias;
mira si será justo que agradezcas
que unos leves momentos de disgusto
produxesen tan altas conseqüencias.

Arm. Pero ¿es una accion noble y generosa
el tratar una dama de mis prendas
mas que con desamor, con vilipendio?

Ubaldo. No comprendo la causa de esa queja.

Arm. No me dexó en la Isla abandonada,
por mas que le rogué que me fraxera
consigo, y que de amor y honor á un tiempo
cumplir pudiese la forzosa deuda?

En alas de mi amor, mas que del viento
sus pasos no seguí? de mi presencia
no se ha excusado siempre? y de mis cartas
no ha sido su silencio la respuesta?
¿no es este un vilipendio ignominioso,
que en torpe groseria degenera?
quándo una alma bizarra corresponde
con tanta ingratitude á las finezas?

Ubaldo. Naufrago á quien asido de una tabla,
asalta de las ondas la soberbia,
si tal vez gana el deseado puerto,
dificilmente al mar instable entrega
segunda vez la vida: así no extrañes
que Reinaldo contigo procediera
del modo que resientes, que un peligro,
que alhaga con lo mismo que envenena,
dificultosamente se resiste,
y aventurarse en él locura fuera,
pues quien se expone y vence, nada logra,
y pierde, todo si vencido queda:
á mas de esto, temiendo que tus artes
pudiesen producir:--

Arm. Ubaldo, cesa:

no á mis artes acudas...;vanas artes
que aborrezco y detesto! Fueron ellas
la causa executiva de mis males,
;despreciable recurso, triste ciencia,
que no pudo extinguir la ardiente llama
en que mi amante corazon se quema!
fuera de eso, descrédito sería
de mi estado, y aun mas de mi belleza,
lo que se ha de alcanzar del alvedrio

que

quererlo conseguir de la violencia:
 no mas , no mas, encantadoras voces;
 si á la mágia de amor , amar se niega,
 en vano son auxilios infernales.
 Mas dexando esto á un lado , porque veas
 que opuestos sentimientos nos animan,
 ya tienes libertad , así se vengan
 mugeres como yo : solo una cosa,
 por dama, conseguir de tí quisiera
 con secreto inviolable.

Ubaldo. La prometo,
 como á mi estimacion no sea opuesta.

Arm. Y juras el secreto?

Ubaldo. Si lo juro.

Arm. Pues vuelve al campo , y á Reinaldo entrega
 ese papel : no es mio , pero importa
 reservar que lo doy ; di que le llevas
 de la parte de Orcante , pues es suyo;
 mas para nada tomes en tu lengua
 de Armida el nombre, basta de desprecios.

Ubaldo. Todo lo cumpliré como lo ordenas. *Vase.*

Arm. Séme una vez propicio , amor tirano,
 ayuda mis deseos y cautelas,
 una infelice en su favor te invoca,
 muestra que eres deidad en protegerla.

*Música; selva; estacada á un lado : sale Reinaldo atropellando á algunos
 de los suyos.*

Rein. Viles , indignas , despreciables almas,
 que al riesgo y al honor la espalda vuelta
 de esa Turca canalla habeis huido
 afrentando las ínclitas banderas
 del Católico Marte, ¿sois soldados?
 ¿dónde está el pundonor y la vergüenza?
 A vuestro Capitan , á vuestro Xefe
 desamparais en la marcial palestra?
 ¿Qué es de Ubaldo, decidme, qué es de Ubaldo?
 ¿cómo sin él venis á mi presencia?
 Idos , cobardes, no el ardiente enojo
 á que me precipita tal vileza
 en vuestra torpe y alevosa sangre
 me arrebate á marchar la airada diestra. *Vanse los Soldados.*
 Perdido Ubaldo , todo lo he perdido:
 él vertia en las llagas lastimeras
 de mi alma afligida el saludable
 bálsamo del consuelo , las tinieblas
 de mi desalumbrado entendimiento
 disipaba á las luces alhagueñas
 de la amable virtud: ahora , ay triste!

Armida

qual nave en el horror de la tormenta
 de las furiosas ondas combatida,
 sin rumbo, ni timon navega incierta
 al arbitrio del viento proceloso,
 chocando en un escollo en las cabernas
 del insondable golfo, se sepulta,
 yo en el mar del amor, en que navega
 mi tierno corazon, abandonado
 del deseo á la bárbara violencia,
 de la razon, el norte obscurecido,
 faltando del piloto la experiencia,
 no será maravilla que chocando
 en el escollo del error, me vea
 otra vez anegado y confundido
 de mi loca pasion entre las densas
 y pavorosas sombras, donde todos
 mis triunfos adquiridos se obscurezcan.

Música, durante la qual se pasea agitado, y luego dice.

Justos son los temores que me agitan!
 Tan viva está en mi alma; ay Dios! aquella
 que fué el primero amor de mis amores,
 y el último será, que ni la ausencia,
 el belico tumulto, ni las glorias
 con que veloz la fama lisonjea,
 celebrando mi nombre, no han podido
 apagar la mas mínima centella
 del incendio voraz que me consume,
 y dentro de mi pecho se alimenta;
 tan solamente Armida, dulce nombre!
 es grata ocupacion de mis ideas,
 y su tierna memoria, y mi cuidado
 quantos objetos miro me renuevan.
 Las flores que en los campos abundosas
 al albor matutino se esperezan,
 las fuentes y los claros arroyuelos
 que por los verdes prados atraviesan,
 el dulcísimo canto de las aves,
 el manso vientecillo que recrea
 blandamente sus alas sacudiendo
 entre rosas, jazmines y azucenas,
 quanto hay mas amoroso y agradable,
 y mas apetecible me recuerda
 su alhago, su atractivo, su dulzura,
 sus finas expresiones, su belleza,
 sus gracias peregrinas:-
 ¡Insensato!
 ¿por qué no digo que ella misma premia
 mi prision, ó mi muerte con su mano?

tanto ya me aborrece? tanto en ella
 el espíritu puede de venganza?
 pero si la ultrajé de tal manera
 que pagué con agravios sus favores,
 y con ingratiudes sus finezas,
 qué menos pudo hacer? y qué no haría,
 durándole el cariño, si supiera
 que de Ubaldo y Gofredo á persuasiones
 ya prometí mi mano á la heredera
 de Florencia, á Constanza, y que mi padre
 sin dilacion exige mi obediencia?
 Triste es su situacion; pero la mia
 es mucho mas tirana, mas violenta,
 amar sin esperanza, precisado
 á arrastrar la durisima cadena
 de un lazo indisoluble, es un martirio,
 es una tiranía tan acerba,
 que ni la muerte:-- qué? mil muertes juntas
 no producen tal género de pena,
 dura, cruel, amarga, irresistible,
 irremediable, bárbara y eterna.

Música.

Mas por qué me apasiono? No es Armida
 de prosapia real? no es la Princesa
 de Damasco? su imperio dilatado
 unido á mis laureles, no pudiera?:--
 no pudiera:-- ay de mí! porque es pagana,
 es una maga vil, y obscureciera
 mi estimacion enlace semejante;
 mas sus gracias, su amor y su belleza,
 y este voraz inextinguible fuego,
 este volcan, esta incesante hoguera
 que me abrasa, me mata y me devora,
 no ha de tener alivio? en mi nobleza
 es imposible: está la suerte hechada,
 y es mi palabra obligacion primera:
 ¿mas cómo de otro objeto poseido,
 mi mano he de entregar á mano ajena?
 este ¿no es un delito? Cielos santos,
 valedme! que en las dudas que me cercan,
 camino al precipicio. Ubaldo, amigo,
 á dónde estás? Ubaldo, así me dexas?

Sale Ubaldo.

Ubaldo. Aquí tienes á Ubaldo: ¿qué le quier es?

Rein. ¿Qué es lo que ven mis ojos? llega, llega,
 acércate á mi pecho. ¡Qué temores,
 qué de pesares me costó tu ausencia!

Ubaldo. Pero ¿por qué, Señor, tantos extremos?

Rein. Porque es claro que el bien no se penetra hasta perderle.

Ubaldo. Mas las grandes almas,
como el Olimpo son, cuya eminencia
sobre las altas nubes sobrepuja,
á la suerte ya próspera, ya adversa
deben siempre mostrar igual semblante,
y firmes en qualquiera diferencia,
ni las prósperas deben deslumbrarlos,
ni tampoco abatirlos las adversas.

Rein. Está bien: pero di: ¿cómo pudiste escapar de la muerte ó la cadena?

Ubaldo. El poner en tus manos este pliego
Dale un papel, y lee para sí.
valió mi libertad.

Rein. ¿Qué dices? muestra.

Ubaldo. Parece que este joven todavía
de la razon al yugo se revela;
no es mucho que á pasar de extremo á extremo
dificilmente el corazon se esfuerza.

Rein. A duelo singular me llama Orcante,
cuyo altivo valor y fortaleza
tengo experimentado en las acciones
que produjo el discurso de la guerra.

Ubaldo. ¿Y qué piensas hacer?

Rein. ¿Pues en mi esfuerzo
la mas leve sospecha permitiera?
saldré, y le mataré.

Ubaldo. Y si atrevido
intentase tal vez que la cautela:—

Rein. Es imposible: el sitio que señala
del rápido Cedron es la ribera,
y el seguro del campo solicita,
porque tan cerca está de nuestras tiendas:
mas dexando esto aparte, dime, Ubaldo,
¿has visto acaso á mi adorada bella?

Ubaldo. ¿A Constanza?

Rein. De Armida te pregunto.

Ubaldo. Yo creí que en tu pecho ni aun centellas
de tan loca pasion permaneciesen.
¿Tú memorias de Armida? ¿Tú te acuerdas
de esa tirana maga, sin que el rostro
en vergonzosa púrpura se encienda?
comprometida tu palabra y mano
para Constanza, arbitrio no te queda
para pensar en otra, sin agravio

del pundonor debido á tu nobleza.
Las testas coronadas no han nacido
con el libre alvedrío que fomenta
en otros la eleccion de sus enlaces,
que en cambio de su augusta preferencia
esclavos respetables del estado
al público provecho se sujetan.

Rein. ¿Y quién puede tener el pensamiento
sujeto?

Ubaldo. La virtud.

Rein. ¡Virtud severa!

Ubaldo. ¡Apacible virtud! sus sacrificios
son dolorosos, sí, pero si llegan
á completarse, toda su amargura
se convierte en delicias albagüefias,
que bañan en dulzura inexplicable
el corazón; placer que experimentan
las puras almas que á las claras luces
del noble entendimiento se gobiernan.

Rein. ¡Terrible sujecion! mas ¿por qué clamo,
si yo mismo me impuse las cadenas
que involuntario artastró? Ó una y mil veces
antes que tal hiciese falleciera! *Vase.*

Ubaldo. Todavía el estímulo resiente,
todavía vacila y titubea:
¡ó loca juventud, que desbocada
al precipicio del amor te entregas!
suspende el ciego paso impetuoso,
mira que en el error en que te empeñas,
quando los escarmientos se anticipan,
de nada desengaños aprovechan. *Vase.*

Música. Selva frondosa, que baña el torrente Cedron. Vista á lo lejos
de Jerusalem, y sale Armida.

Arm. A Orcante disuadi de sus intentos,
por si mi industria conseguir pudiera,
su lugar ocupando, á mi enemigo
decir ansiosa mis amantes quejas.
Ay! ¡qué distinto tiempo de aquel tiempo
en que en el centro yo de la grandeza,
en la altura del solio colocada,
libre, gozosa, y de cuidado exenta,
no creí que en el orbe haber pudiese
quien ni una esquivéz mia mereciera!
¡Desventurada Armida! ¡quién creería
que se humillase tanto tu soberbia,
y llena de temores y pesares,
prófuga, peregrina y extrangera,

Armida

de un inhumano amante abandonada,
 en cambio de ternuras y finezas,
 escándalo del orbe y de los siglos,
 desprecios insufribles recibieras!
 Amantes que notais mi desventura,
 las que fiais en hombres, las que ciegas,
 de un amoroso alhago seducidas,
 no conoceis el riesgo que os rodea;
 aprended de mí sola desengaños;
 mirad cómo se paga la fimeza,
 y que la triste que en el hombre fia,
 ara en el viento, y en el agua siembra.

Música.

Mas ó pesares bien recompensados,
 una y mil veces venturosas penas,
 felices desventuras, si consigo
 hablar á mí Reinaldo; en su presencia
 todos se acabarán los males míos,
 y si en su pecho todavía reinan
 de Armida las memorias, el mas leve
 pretexto, la disculpa mas pequeña
 será para aplacarme suficiente,
 y dexarme gozosa y satisfecha,
 ¿qué es satisfecha? á hacerme feliz basta
 una lisonja, una mirada tierna,
 una dulce expresion, y plegue al Cielo
 que del exceso del placer no muera:--
 Loca pasion, ¿á dónde me conduces?
 ¿y si resiste ingrato? ¿si en su fiera
 obstinacion prosigue, y mis ahagos,
 mis ruegos y mis lágrimas desprecia?
 ¿qué haré entonces? morir de enamorada.
 Quién en los labios míos infundiera
 expresiones de fuego que abrasasen
 aquel rebelde corazon, si niega
 á voluntad tan fina, y sin exemplo
 una justa y leal correspondencia!
 Almas sensibles, almas generosas,
 en quienes infundió naturaleza
 la compasion, si una muger amante
 que sembrando favores cogió ofensas,
 sola, triste, afligida y sin consuelo,
 vuestra piedad y lástima interesa,
 llorad sobre mis males, compartiendo
 los tormentos que el alma me penetran;
 pero un guerrero:-- él es: corazon mio,
 ánimo, que ya estás en la palestra.

Sale Reinaldo.

Rein. Pues ¡ya, esforzado Orcante, que en el sitio:-

Pero ¿qué es lo que miro? ¡Armida es esta!

Arm. Si á matar, ó morir sales al campo,
fácil victoria el hado te presenta,
que ociosos son los filos del acero
en quien á tus rigores vive muerta:
si mi alma de angustias penetrada,
todavía en la cárcel se conserva
del miserable cuerpo, es porque solo
á tus iras crueles se reserva,
echando el sello á tu desden tirano,
acabar con mi vida lastimera:

pues ¿por qué te detienes? por qué tardas?

Rein. ¡Válgame Dios! no sé que respondería

Arm. Callas? qué, tan retórico el agravio
y tan cobarde la turbada lengua;
esa pérfida lengua, que en mis brazos
aras del Dios vendado lisonjeras,
á pesar del destino, y de los hados,
constancia prometió, juró firmeza?
Quántas veces dixiste, que primero
que mis amores al olvido dieras,
faltaría en los orbes celestiales
esa luciente máquina de estrellas;
que veria nacer del agua el fuego,
retroceder el sol en su carrera,
universal trastorno padeciendo
el órden de la gran naturaleza:
mas la fé prometida quebrantaste,
lleváronse los vientos las promesas.

Ah! mátame por piedad, consume, acaba
el sacrificio, si es que ya no quieras,
exemplo singular de los crueles,
no darme muerte, porque mas padezca.

Rein. Si te amé con verdad, muy bien lo sabes,
las cándidas palomas, que se estrechan
en el caliente y abrigado nido,
asilo del amor en que se queman;
las tórtolas amantes, que en las ramas
del verde laberinto de las selvas
explicando sus ansias amorosas,
con suspiros dulcísimos se quejan,
de mí pudieron aprender ternuras,
en mí pudieron estudiar finezas:
si te dexé en la Isla, también sabes

que honor y religion dieron materia
 á una separacion tan dolorosa:
 tú misma, sí, tú misma nanifiesta
 viste la repugnancia que mostraba,
 tú misma conociste la violencia
 con que me separaba de tus ojos,
 dexándoles de amor el alma en prendas;
 pues si todo esto sabes, y no ignoras
 que los mismos motivos perseveran,
 ¿por qué causa, señora, por qué causa
 de Reinaldo inocente te lamentas?

Arm. Cualquiera que escuchara indiferente
 las frivolas razones que aparentas,
 la artificiosa sumision que ofreces,
 la paliada inocencia que ponderas,
 sin duda en tu favor decidiria;
 pero dime, traidor, quando no fuera
 el dexarme en la Isla abandonada,
 en situacion tan triste, que á las piedras,
 si fueran ellas de sentir capaces,
 á comover, bastara la mas fea,
 la mas cobarde accion, que caber pudo
 en hombre, que de ser noble se precia,
 para haberte excusado á mis deseos,
 para haberte negado á mi presencia,
 rayando en descortes con una dama
 de mi carácter: ¿qué disculpa encuentras?

Rein. Tu hermosura, tu gracia peregrina,
 apetecible riesgo en que pudiera
 aventurar segunda vez mi fama,
 y el mirar que en acciones contrapuestas
 tú me buscabas, quando al tiempo mismo
 ofrecias tu mano al que me diera
 en tu poder, ó muerto, ó prisionero.

Arm. Eso fué del cariño sutileza,
 llamándote á los riesgos, por si acaso
 mediante el artificio de la cautela,
 hablarte conseguia; y pues la suerte,
 sola esta vez propicia á mis ideas,
 tan feliz ocasion me proporciona,
 dime, Reinaldo mio...ah! si á la lengua
 acudió el corazon, perdona: dime,
 si tal vez en tu pecho se conserva,
 de aquel pasado y amoroso incendio,
 leve centella entre cenizas yertas.

Rein. Sí, señora: lo mismo te amo ahora
 que te amé, y te amaré mientras no llega

la inexorable parca, y corta el hilo
de una vida tan trágica y funesta.

Ah! si yo no te amara, Armida hermosa,
mi dicha á mis deseos excediera!

Arm. Pues ¿qué puede oponerse á los deseos
que un cariño recíproco fomenta?

Ya tu valor dexaste acrisolado,
pues domador del Asia te celebra
la fama, desde el uno al otro polo;
si eres de estirpe generosa y regia,
si en Ferrara naciste Soberano,
yo tambien de Damasco soy Princesa,
enlace, pues, en apacible nudo
una coyunda amable, dos diademas;
así cumplés contigo, así restauras
mi estimacion á la censura expuesta
del sedicioso vulgo maldiciente.

Qué respondes? suspiras? no me ofendas
con esas dudas, mirame á tus plantas,
de ellas no he de apartarme hasta que accedas
á mis ruegos: sino eres insensible,
muévate á compasion, tu piedad mueva
ver que derramo el corazon deshecho
en el copioso llanto que me anega.

Rein. Basta, no mas; que cada razon tuya
es clavarme en el pecho aguda flecha;
sin tí desventurado, dueño mio,
vivir es imposible; siempre impresa
tu imagen llevaré en el alma mia,
sin que el tiempo voráz borrarla pueda:
pero un fatal destino nos separa,
un poder invencible se atraviesa,
y corta nuestras dulces esperanzas,
la muerte es el remedio que nos queda,
que siendo tu pagana, y yo christiano
mi ley sagrada, nuestra union reprueba.

Arm. Religioso pretexto, pero vano:
¿esa ley tan sagrada que veneras
no era la misma quando me juraste
firme constancia, lealtad eterna?

Rein. Eso es verdad: mas de un delito mio
no has de formar, Armida, consecuencia
para mi obligacion.

Arm. Y de ese crimen
he de ser yo la víctima funesta?
¿quando se vió que de delito ageno
pagase los efectos la inocencia?

Rein. Quando el hado en su ruina conjurado
todas las iras al furor despliega,

Arm. Débil satisfaccion: pero si solo
ese reparo por vencer nos queda.
nada importa; detesto desde ahora
las máximas erradas de mi secta,
el mismo Dios que adoras será el mio,
y de quantos vasallos se sujetan
á mi Imperio, y así en el Asia toda
se abrirá al christianismo nueva senda.

Rein. Ah! qué tarde, qué tarde, Armida hermosa,
haces ostentacion de las finezas
que no estando en mi mano aprovecharlas
es deuda de mi honor agradecerlas!
Mas no bastan, señora, á hacerme tuyo.

Arm. Parece que complaces tus ideas
tan solo en producir inconvenientes,
mas á todos saldré: dime, qué resta?

Rein. A tí nada, que á mí solo me toca
morir de angustia, de dolor, y pena.

Arm. Habla con claridad.

Rein. Ay! que no debo.

Arm. Resuelve de una vez.

Rein. Callar es fuerza.

Arm. ¿Sabes que te amo?

Rein. Mas que yo merezco.

Arm. Pues confia de mí.

Rein. Me aborrecieras.

Arm. Tan grande es ese mal?

Rein. Desesperado.

Arm. De qué pudo nacer?

Rein. De una flaqueza.

Arm. Sépalo yo, que ya de ese secreto
á apurar el veneno estoy resuelta.

Rein. Repara que á tu muerte te encaminas,
si lo que callo en descubrir te empeñas.

Arm. No me obligues á un loco arrojamiento,
si tan confuso enigma no revelas.

Rein. No hay remedio?

Arm. Ninguno.

Rein. Pues, señora,
supuesto que tú misma lo deseas,
sabe que soy ageno, y que mi esposa
ha de ser la heredera de Florencia,
mi mano tengo ya comprometida,
y empeñado mi honor y mi nobleza;
así lo ordena la razon de estado,

y Reinaldo.

y Gofredo, y mi padre así lo ordenan.
Arm. Bárbaro, desleal, hombre inhumano,
vivora ponzoñosa, aleve Hicna,
que al pasajero llama con gemidos,
y en él despues su furia toda ceba,
mucho temí de tí, pero no tanto,
que á extremo tan cruel te envilecieras:
mucho te quise, pero todavía
á mi pasión exceden tus ofensas.
El único dolor que me faltaba
en mi desdicha, el de los zelos era,
cuyas azules sierpes enroscadas
al corazón, de tósigo le llenan:
¿es posible, tirano, que pudiste:—
pero reconvenciones ¿qué aprovechan?
Vete, apártate, ingrato, de mis ojos,
cocodrilo engañoso, esfinge fiera,
aspid que entre las flores se disfraza;
plegue á Dios que en la esposa que te espera
halles el desamor que yo he hallado
en tu perfidia; las nupciales teas
no las inflame plácido himeneo,
las furias infernales las enciendan,
y á zelos mueras, pues á zelos matas,

Gran ruido de pelea.

que yo sabré arrojándome resuelta
en medio del horror de la batalla
encontrar una lanza, una saeta,
que acabando una vida que detesto,
ponga fin lastimoso á tantas penas. *Vase.*
Rein. Justa es su indignacion, justa su ira,
y quantas sobre mí desgracias vengan,
justas serán: ay Dios! que obscurecida
la luz de la razón entre tinieblas
que el combate de afectos encontrados
en mí produce, nada se presenta
que la paz desterrada de mi alma
pueda reproducir, volverme pueda.

Sale Ubaldo.

Ubaldo. ¿Qué haces así, Señor, quando Emireno
ya con todo su Ejército nos cierra?

Rein. Qué hago, dices? morir de tus consejos.

Ubaldo. Consejos de salud mas aprovechan

que

que ofenden.

Rein. Déxame por Dios, Ubaldo,
y vamos á añadir á las banderas
del inclito Gofredo nuevos lauros
que en funestos cipreses se conviertan,
para un triste que ya sin esperanza
de la perdida paz morir desea.

Vase.

Mutacion que representa todo un campo de Turcos destruidos. Música fuerte, á cuyo compas van saliendo los personajes, no cesando dentro el ruido de batalla; salen algunos Turcos cargando á algun Cruzado, que represente en su trage ser principal, y quando estos se entren, sale alguno Cruzado cargando por el opuesto lado á algun Turco, que tambien represente ser de calidad, y la música se va mitigando de modo que no embaraze la representacion. Armida con la espada desnuda.

Arm. Ea, valientes Turcos, este día
es día de venganza, y pues las señas
estan dando á entender que la victoria
ácia nuestro destino se ladea;
de esa obstinada pérfida canalla
nadie quede con vida, todos mueran,
diluvios de christiana sangre corran,
tanto que en las corrientes lisonjeras
del rápido Cedron pueda dudarse
si corren aguas, ó si sangre llevan;
y aun no será bastante toda junta
para apagar la sed que tengo de ella.

Sale Orcante del mismo modo.

Orc. Por mas que discurriendo el campo todo
busco á Reinaldo, la fortuna adversa
no le ofrece á mis ojos, ni mi acero.

Arm. Pues vele allí, que haciendo resistencia
á innumerables tropas de los nuestros,
todo lo rompe, todo lo penetra:
ah cobardes! ¿un hombre solo puede
postrar tanto valor y fortaleza?
mas ya segun los muchos que le cargan,
en vano resistiendo ácia aquí llega.

Sale Reinaldo acosado de Turcos.

Rein. Todos sois pocos á mi fuerte brazo.

Arm. Si no quieres morir, la espada entrega.

Rein. En hombres de mi honor eso no cabe.

Tropieza, y al tiempo de herirle Orcante, se interpone, queda herida; y cae.

Orc.

Orc. Pues muere:--

Arm. Tente , Orcante:-- yo soy muerta.

A este verso sale Ubaldo , dice el verso siguiente , y con los suyos carga á los Turcos , y los retira , durante lo qual esfuerza la música hasta que en el Teatro solo queda Reinaldo arrodillado , sosteniendo á Armida , y entonces pasa la música á un tono muy piano y triste , siguiendo hasta el fin.

Ubaldo. Esta ocasion aprovechad , amigos:
aquí del pundonor y fortaleza.

Ahora empieza la pelea.

Rein. Desgraciada hermosura , ¿este es el pago
de una pasion tan fina , dulce y tierna?
¿tú de mortal herida penetrada,
y por mi causa ? ¡ Ó cuánto mejor fuera
que el rigor de la parca executivo
en mí todas sus iras convirtiera !
mas yo sabré seguirte.

Arm. No , bien mio;
vive feliz:-- te amor:-- mis ofensas:--
ay dolor:-- te perdono:-- fui culpada:--
mas de tu Armida:-- alguna vez te acuerda.

Rein. Poco podré acoidarme , si en mi pecho
la sensibilidad no es extrañeza.
¡ Ó nunca de la fértil Palestina
á los fatales campos yo viniera!
mi bien , Señora , mi adorado dueño,
mi idolatrada y amorosa prenda,
¿ es posible que miro ya tus ojos
eclipsados en noche sempiterna?
¡ qué débil , qué remiso , qué cobarde
es mi dolor , pues el morir me niega!
pero si desde el reyno de las sombras
del pecho mio la verdad penetras,
conocerás que yo siempre fui tuyo,
que el destino fatal , la suerte adversa
y no la falsedad pudo ser causa
de haber abandonado tu belleza;
no entrarán en mi alma otros amores,
y fiel á tu memoria y tus finezas,
el horror , el despecho , la amargura
y desesperacion que me rodean
darán fin á una vida aborrecible,
desventurada , trágica y funesta.

Sale Ubaldo con los suyos.

Ubaldo. Ya el campo victorioso:-- mas qué miro?

Rein.

Reinaldo

Rein. Las resultas mas tristes y mas funestas
de tus consejos.

Ubald. No de mis consejos,
sí de un amor sin límite ni riendas,
porque siempre un amor desordenado
produce tan infaustas conseqüencias.

CON LICENCIA EN MADRID:

EN LA IMPRENTA DE CRUZADO.

En la Librería de Cerro , calle de Cedaceros , y en su Puesto , calle de Alcalá se hallará ésta con la Coleccion de las nuevas , á dos reales sueltas ; en tomos enquadernados en pasta á veinte reales cada uno ; en pergamino á diez y seis , y á la rústica á quince , y por docenas con la mayor equidad.